

"Tengo Esperanza en el Cielo."

Nuestra esperanza para el cielo viene de creer en las promesas de Dios que encontramos en las Escrituras y saber que son ciertas. Jesús prometió en Juan 14:1-3: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis." ¿Qué podría ser mejor que pasar la eternidad en la casa de Dios con nuestro Señor Jesús?

Romanos 8:17 nos recuerda que si somos hijos de Dios, "somos herederos de Dios y coherederos con Cristo." Todos deberíamos querer que nuestros nombres estén escritos en el libro de la vida, para poder tener un hogar en el cielo. En Cristo tenemos una esperanza viva para una herencia con Cristo, y nada de lo que poseemos en la tierra es tan valioso como un hogar con Él.

Nuestra lectura de hoy viene de la primera carta de Pedro, capítulo 1, versículos 3 al 7, y habla sobre nuestro hogar en el cielo. Dice:

"Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque percedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo."

¡Oh, qué maravillosa promesa de una esperanza viva! Oremos juntos. Padre, te agradecemos porque nos das esperanza. Y Padre, te agradecemos por dárnosla en Cristo Jesús, quien nos amó, murió por nuestros pecados y resucitó. Y Padre, oramos para que siempre hagamos tu voluntad, te amemos y amemos a los demás. Esta es nuestra oración en el nombre de Jesús. Amén.

Nuestra herencia en el cielo está reservada especialmente para nosotros por el poder de Dios. Dios nos revelará esa herencia en el último día cuando el Señor Jesús regrese para llevarnos a casa con Él. Ahora bien, el cielo es un lugar eterno, bendecido, puro, lleno de gozo y amor. Y Dios nos recibirá en ese hogar que preparó para nosotros de la manera más lujosa y maravillosa. ¡El Cielo! ¡Tenemos una esperanza viva!

¡Jesús está esperando ansiosamente el día en que nos lleve a casa! Y Dios anhela que Sus hijos regresen a casa y vivan con Él para siempre. Como Glorioso y maravilloso se describe el día en que los hijos de Dios vuelvan al cielo. El Señor Jesús dijo poco antes de Su muerte en Juan 14:1-3: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis."

Jesús está ahora preparando tu lugar. Es más grande y grandioso que cualquier cosa que hayas conocido en esta vida. La Biblia dice en Efesios 2:4-7: "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares

celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.” No podemos concebir la alegría, el amor y la paz que nos traerá estar en el cielo. No podemos perdernos el cielo.

Mateo 19:16-22 dice: “Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.”

Amigo mío, puedes ser moral y aun así no agradar a Dios. La buena moral por sí sola no te salvará. Este joven puso erróneamente su dinero delante de Dios y permitió que eso le impidiera seguir a Jesús. Recuerda que el Señor Jesús dijo en Mateo 6:24: “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.” Si dejas que algo se interponga entre tú y Dios, has elegido separarte de Dios.

Alguien más podría decirle al Señor: “Bueno, yo soy cristiano; mis padres y abuelos eran cristianos. Íbamos a la iglesia cada domingo,” o “mi padre era predicador,” o “mi madre era maestra de la escuela dominical.” Sabes, algunas personas piensan que, porque están relacionadas con una persona extremadamente religiosa, eso es suficiente para salvarlos. Bueno, un pedigrí puede impresionar a algunas personas, pero un pedigrí no es suficiente para garantizar la entrada al cielo.

El apóstol Pablo alguna vez habló de su trasfondo religioso, que era muy impresionante para algunos. Pero se dio cuenta de que tener un buen trasfondo no lo hacía a uno justo ante Dios. Recuerdas que el apóstol inspirado dijo en Filipenses 3:7-8: “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aún estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor. Por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo.” Como puedes ver, había algo mejor que su herencia judía y ese algo era el propio Jesucristo. Él lo daría todo para conocer a Jesús.

Y algunos miran sus obras y asumen que sus obras deberían llevarlos a la salvación. En Lucas 18:9-14, el Señor contó esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos como justos y despreciaban a los demás: “Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: ‘Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aún como este publicano. Ayuno dos veces a la semana; doy diezmos de todo lo que gano’.” Bueno, puedes notar que hasta Jesús se cansó de escuchar a este hombre leer su currículum sobre lo bueno que era.

Y luego el Señor habla de otro hombre. “Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. (Y luego Jesús dijo) Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.” Ahora, apelar a todas nuestras buenas obras no funciona con Dios, porque nuestras buenas obras no cancelan nuestros pecados. ¿Escuchaste eso? Dios no usa una balanza para pesar lo bueno contra lo malo. Las buenas obras no expían el pecado y no pueden ganarte un lugar en el cielo.

La gracia de Dios nos da la oportunidad de ir al cielo. La gracia de Dios hace lo que por nosotros mismos no podemos hacer. El publicano en Lucas 18 dijo: “¡Dios, sé propicio a mí, pecador!” (la Nueva Biblia de las Américas dice: “el pecador”). Cualquier apelación por la salvación debe descansar en última instancia en la gracia y la misericordia de Dios. Reconoce que el Padre amoroso debe decirnos cómo tener acceso a Su gracia. No podemos acceder a ella por nosotros mismos. Debemos actuar por fe en lo que Dios enseña. Si Dios nos salva, debemos prestar mucha atención a lo que Él desea de nosotros.

¿Puede alguien hacer suficiente para la salvación? ¿Para el cielo? ¿Para todas nuestras bendiciones? ¿Para la vida eterna, el gozo eterno, la comunión eterna, la salud eterna y una herencia eterna? No. Amigo mío, si pudieras vivir cien vidas de cien años y llenar cada una con servicio constante, no podrías hacer lo suficiente para ganar un lugar en el cielo. Nadie es lo suficientemente bueno. La Biblia dice en Romanos 3:10: “No hay justo, ni aun uno.” No puedo ser lo suficientemente bueno por mí mismo para agradar a Dios. Y nadie puede. Estamos indefensos y necesitamos la gracia de Dios.

La palabra ‘gracia’ se refiere a un regalo, y los regalos no se ganan. Se dan libremente. Nuestro perdón, nuestra salvación, nuestra relación con Dios es un regalo. Y poseemos este regalo por la sangre de Jesucristo. Ahora, los regalos son gratuitos, pero no son baratos y nunca deben ser subestimados ni considerados como algo garantizado. Las esposas son un regalo maravilloso para sus esposos, pero no son baratas ni superficiales. Los hijos son regalos de Dios según el Salmo 127:3, pero no deben ser considerados como algo asegurado. Los hijos son una gran responsabilidad. Y solo porque algo es un regalo no significa que sea barato o insignificante.

Algunas personas minimizan la gracia pensando que la gracia de Dios significa que no tienen ninguna responsabilidad en absoluto. Me sorprende la creencia común de que la gente piensa que irán al cielo sin importar cómo hayan vivido. La gente imagina que no necesitan cambiar su vida moral. O piensan que no tienen que servir al Señor diariamente. Pero la Biblia enseña exactamente lo contrario. Hemos sido salvos para ser diferentes. Recuerdo la canción “Tal Como Soy.” Todos venimos a Dios como pecadores necesitados de la gracia de Dios; pero la gracia no disculpa el comportamiento inmoral. Espera que nuestras vidas cambien, que sean como Cristo. Escucha lo que dice la Biblia en Tito 2:11-14: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.” Hemos sido salvos para ser personas transformadas. Así que no minimices el regalo de la gracia viviendo una vida mundana. La salvación debe marcar la diferencia de cómo vives.

Ahora, si la gracia de Dios es lo que nos salva, entonces necesitamos saber cómo Dios pone Su gracia a nuestra disposición. Si Él da el perdón y da esta gracia y vida eterna como un regalo, entonces deberíamos desearlo para nosotros mismos. Y deberíamos desearlo para todos los que conocemos. Si alguien va a darme un regalo invaluable, voy a hacer todo lo que pida. No voy a seguir mi propio camino; voy a escucharlo y hacer exactamente lo que Él desea. Me propondré agradecerlo. No intentaré cambiar nada, sino simplemente creer y obedecerlo según Sus términos. ¿Por qué? Porque lo amo.

Para disfrutar de la bendición de Dios, debo confiar en Dios y en Su Palabra. La Biblia dice en Hebreos 11:6: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardónador de los que le buscan.” Ahora, confiar en Dios significa confiar en que Sus

caminos son mejores que los míos. Sé que Dios sabe más que yo sobre asuntos espirituales. Significa que voy a escuchar a Dios y hacer lo que Él dice.

Entonces, cuando Dios me pida arrepentirme de mis pecados, yo me arrepentiré. La Biblia dice en Hechos 17:30-31: “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos, con haberle resucitado de los muertos.” El arrepentimiento es necesario para tener vida eterna.

Y, cuando el Señor me mande ser bautizado, no lo cuestionaré. El bautismo no es algo que realizamos nosotros; es algo que se nos hace a nosotros. Físicamente, una persona que bautiza nos sumerge en agua, pero espiritualmente, Dios actúa sobre nosotros. La idea de que el bautismo es una acción humana pasa por alto lo que la Biblia enseña acerca del bautismo. Colosenses 2:12-13 dice: “Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él mediante la fe en el poder de Dios, que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la circuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados.”

Ser bautizado es una manifestación de fe en la resurrección de Jesús realizada por Dios. En el bautismo, Dios nos une con la muerte, sepultura y resurrección del Señor. En el bautismo, Dios nos levanta de la muerte espiritual y perdona todos nuestros pecados. Dios es el que actúa en nuestro bautismo, mientras que nosotros no intervenimos. En el bautismo, Dios trabaja en nosotros. Es Él quien da origen a nuestro nuevo nacimiento y nos adopta como Sus hijos mediante el bautismo. Él nos añade a la iglesia cuando somos bautizados. Y estamos unidos con Cristo en el bautismo, y Él nos ha dado la esperanza viva de la vida eterna en el cielo.

Oremos juntos. Padre, te agradecemos porque tenías un plan para nuestras vidas. Ayúdanos a ser obedientes y amorosos hacia ese plan y a hacer todo lo que nos pides. Y a hacer Tu voluntad siempre. En el nombre de Jesús, Amén.

No dejes que nada te impida recibir una herencia celestial con Jesucristo. Puedes ser coheredero con Cristo. Y no dejes que la ira y el odio te impidan ir al cielo. Recuerda lo que dijo el Señor Jesús en Mateo 6:14-15: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial. Mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.”

No dejes que la falta de fe te impida ir al cielo. Hebreos 11:6 dice: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.” Puedes fortalecer tu fe estudiando las Escrituras. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). No dejes que la falta de arrepentimiento te impida ir al cielo. El Señor Jesús dijo en Lucas 13:3: “Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”

Y no dejes que te engañen sobre el bautismo. Debes permitir que Dios haga Su obra en ti cuando eres bautizado. Debes ser bautizado para ser salvado y liberado del pecado (1 Pedro 3:21). Debes ser bautizado para nacer de nuevo y tener una nueva vida (Juan 3:5 y Romanos 6:3-7). Saulo de Tarso oró y ayunó durante tres días y noches antes de que Ananías viniera a él y dijera: ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.” (Hechos 22:16). Ahora, Saulo de Tarso todavía tenía un alma sucia que necesitaba ser lavada con la sangre de Jesús, y la oración sola no hará

eso. En las Escrituras no se encuentra ningún ejemplo de lo que algunos llaman la oración del pecador. Lo que encontramos es la necesidad de ser bautizado.